

El intelectual del siglo XX: La postura y actividad socio-política de Mario Vargas Llosa.

Magdal Defort.

Cita:

Magdal Defort (2007). *El intelectual del siglo XX: La postura y actividad socio-política de Mario Vargas Llosa. XXVI Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. Asociación Latinoamericana de Sociología, Guadalajara.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-066/1228>

EL PAPEL DEL INTELLECTUAL EN HISPANOAMERICA: MARIO VARGAS LLOSAEL PAPEL

Introducción:

La historia intelectual es el estudio de grandes ideas, pensamientos, ideologías, visiones sobre el mundo, pues productos engendrados por la mente intelectual. Las cuestiones políticas, sociales, filosóficas y literarias son lo que los intelectuales presentaron a lo largo de los siglos. Pero sobre todo el siglo XIX, el de la Reforma liberal, una etapa de las nacientes repúblicas latinoamericanas que necesitaban una guía intelectual que daría forma al nuevo país: programas, leyes, tratados y proyectos. Los intelectuales llevaron la batuta de guiar la nueva república hacia su futuro. Ellos eran los reformadores y constructores del nuevo país. Durante el siglo XIX, los intelectuales desempeñaron un nuevo papel ya profetizados por los jesuitas criollos de fines del siglo XVIII: el de *formadores* de la nación. Hasta los años setenta del siglo XX la *ciudad letrada* desempeñaba la hegemonía directa o indirectamente sobre el destino de su país. La construcción de las primeras instituciones nacionales como Bancos, Haciendas, escuelas, bibliotecas, etc. era una gran labor de la *ciudad letrada*. También los años sesenta y setenta son cuando los países latinoamericanos se jactaban de tener en los puestos diplomáticos a los cultivadores de las letras. Así, por ejemplo Octavio Paz ocupaba el puesto del Embajador de México en la India. También Rómulo Gallegos o Carlos Fuentes ejercían los cargos consulares o diplomáticos. Incluso, algunos de ellos aspiraban a la presidencia como lo fue el caso de Mario Vargas Llosa. Los fines del siglo XX y los inicios del XXI muestran el papel que el intelectual latinoamericano desempeña en cuanto al camino a la Democracia, a las libertades en cada significado de la palabra, etc. Pero su papel ya es más reducido que unas décadas antes cuando se daba uno de sus períodos de más brillo y figuración. Ahora su trabajo es más ensayístico y académico.

La ciudad letrada: época colonial

El buen funcionamiento del sistema de la monarquía absoluta que tenía que cumplir su misión civilizadora y facilitar la jerarquización del poder, era indispensable que las ciudades como centros del poder dispusiera de un grupo especializado, al cual encargar esos cometidos. Hasta el siglo XVIII cuando comienza la laicización este papel se le concedía a la clase eclesiástica. Ángel Rama le llama este sector la *ciudad letrada*, “porque su acción se cumplió en el prioritario orden de los signos y porque su implícita calidad sacerdotal, contribuyó a dotarlos de un aspecto sagrado...” (A. Rama, 1984:25) La

ciudad letrada era un centro protector del poder y el ejecutor de sus órdenes. El concepto el “letrado” en *La ciudad letrada* de Ángel Rama era un intelectual orgánico de la vida pública dominada, desde la colonia, por un culto a la autoridad de la letra. Y este concepto, según el autor, sigue vigente desde la consolidación de la colonia hasta el siglo XX. La elite de los religiosos, administradores, profesionales, escritores, educadores y varios servidores intelectuales, los que tenían el poder sobre la pluma, estaban estrechamente relacionados con el poder. El grupo letrado era el que merece el nombre el “fundador” y “constructor” del Nuevo Mundo. Esta frondosa burocracia era un gran transmisor entre la metrópoli y las nuevas sociedades en el continente americano. Según el proyecto colonizador, la elite gobernante debería trabajar robusteciendo sus lazos entre la Corona y la Tiara (Concilio de Trento) a través de la Sociedad de Jesús, la Inquisición. Por esta razón, se le concedió a la nueva generación de la *ciudad letrada* la tarea de conducir sus colonias y lo llevaba consigo nuevas profesiones: los poetas. A este grupo también se le encomendó dirigir las sociedades. En el proceso de la colonización los nuevos sectores necesitaban sus leyes, reglamentos, propaganda a lo que era encargada esta elite letrada. Su gran importancia y el papel que desempeñaba en la formación de la nueva sociedad, provocó su propia distancia respecto al común de la sociedad. “Fue la distancia entre la letra rígida y la fluida palabra hablada, que hizo de la *ciudad letrada* una *ciudad escrituraria*, reservada a una estricta minoría”. (A. Rama, 1984:41)

La modernidad:

No sólo en el proyecto colonial sino también en el de la misma consolidación de los nuevos estados existía una estrecha relación entre la ley, la administración del poder y la autoridad de las letras: las letras eran la política. Eran un agente que permitía distinguir la “civilización” de la “barbarie”, la “modernidad” de la “tradicición”. La *ciudad letrada* mantenía este estrecho vínculo con el poder hasta los años 1890-1920. Es decir, hasta cuando hubo una división del trabajo y surgieron las “profesiones intelectuales” que se separaban de la administración estatal. “Nacida de la paz y de la aplicación de los principios del liberalismo económico, la prosperidad tuvo un efecto bien perceptible en la vida intelectual. Comenzó una división del trabajo. Los hombres de profesiones intelectuales trataron ahora de ceñirse a la tarea que habían elegido y abandonaron la política... El timón del estado pasó a manos de quienes no eran sino políticos; nada se ganó con ello, antes al contrario. Y como la literatura no era en realidad una profesión, sino una vocación, los hombres de letras se convirtieron en periodistas o en maestros, cuando no en ambas cosas. Muchos de ellos siguieron la carrera de derecho en las universidades, pero pocos ejercieron después la profesión”. (P. Henríquez Ureña, 1946:165)

Pedro Henríquez Ureña en su estudio *Las corrientes literarias en la América Latina* señala que desde entonces nació la literatura pura, lo que significaba para él libre del discurso político y social.

El concepto la “intelectualidad” estaba relacionado con la literatura y aparece en Europa hacia mediados de siglo. Es cuando la burguesía se separa de la política. Lo paralelo pasa con los letrados en Hispanoamérica porque ciertos trabajos intelectuales, sobre todo ligados con el campo literario, empezaron a constituirse fuera la política y frecuentemente opuestos al Estado. Es cuando estas prácticas intelectuales autonomizaron su territorio socio-discursivo. Desde entonces, a los letrados de la época se les puede llamar los escritores modernos. En la república de las letras de la modernidad se le ponía a la escritura el papel de ordenar el “caos”, la “barbarie” y la “naturaleza” americana. Justamente, en la escritura se veía un modelo de racionalidad, en ella se podía buscar la identidad. Es cuando más aparecen los ensayos, discursos sobre el problema de la identidad. Además, la historia de la literatura hispanoamericana, pues formas estéticas, lingüísticas, y también problema de su autoctonidad volvieron a ser los temas de polémicas. Las letras por su estrecha relación con el Estado, pues con el poder era una cuestión masculina. Como señala Beatriz González-Stephan, “La cúpula letrada vio las letras como un agencimiento masculino (“fuerte y varonil”) de la nacionalidad. La literatura que podía “retratar la individualidad de la nación” estaría dada por la palabra de la razón (“inteligencia”) masculina. La producción de las bellas letras era un asunto de hombres y de la cosa pública (“como la política que las gobierna”). La producción literaria era una cuestión de Estado, y el letrado un hombre político, que tenía por “sable” las letras para inscribir el caos de la barbarie dentro del orden del discurso”. (Beatriz González-Stephan, 2002:189)

El periodismo

Entre los géneros más cultivados, el periodismo se volvió en el siglo XIX el discurso a través de cual el letrado pudo exponer su poder de la palabra. El mercado editorial como tal en América Latina no se cristalizó hasta los comienzos del siglo XX. El periodismo era un medio en el cual se sumergían y tomaron su forma las imágenes de la nación emergente. También desempeñaba el papel pedagógico en el proceso de la formación de la nueva nación. Asimismo, el periódico estableció su relación con el Estado. Aunque no dejó de ser ideológico ni de asumir posiciones políticas, se percibe un distanciamiento propiamente estatal. *La Nación* de Buenos Aires era un periódico donde más se notaba este distanciamiento. Es aquí donde José Martí y Rubén Darío publicaron un gran parte de sus crónicas. La crónica, un nuevo género literario, signo de la época, “supo vencer el prejuicio de la especialización de los discursos, pese a las limitaciones editoriales que se le imponía al cronista, y se atavió a combinar arte

y no arte, literatura y cultura de masas, comunicación y creación, fantasía y ciencia, poesía y tecnología, en un espacio donde se resuelven los conflictos entre información e imaginación, presiones exteriores e arte, exterior e interior, afuera y adentro”. (M. Scarano, 2003:19) Desde entonces, el intelectual era un “publicista” y la crónica como un fenómeno híbrido, intermediario entre un discurso literario y periodístico que llegó a ser uno de los géneros preferidos de los letrados. Las correspondencias desde ciudades extranjeras, luego algunas fueron editados en forma de libros de “crónica”. Rubén Darío, era un cronista de la época. Muchos de ellos no fueron corresponsales, pero en esas condiciones de la época modernista se les podría también incluir en este círculo. En Martí la crónica es una forma periodística al mismo tiempo que literaria. La crónica como el mismo periódico reservado para la ciudad, un símbolo de la modernización del fin del siglo. Esto es “porque la autoridad (y el valor) de la palabra del corresponsal se basa en la representación de la vida urbana de alguna sociedad desarrollada para un destinatario deseante...” (J. Ramos, 1989:113)

El intelectual del siglo XX

Los intelectuales latinoamericanos eran inspirados por las ideologías o filosofías europeas. Cualquier cambio político o el surgimiento de una nueva corriente ideológica o literaria encontraba su reflejo en la tierra americana. Una de las corrientes que más influyó en la conciencia de los intelectuales latinoamericanos era el socialismo. Es cuando el joven Mario Vargas Llosa empieza a tomar la conciencia política. La fascinación, prácticamente la devoción por el socialismo, como la única solución de la situación socio-política del momento no sólo del Perú sino de todo el mundo, no se limitaba a leer e interpretar las obras de sus grandes teóricos. Frente a la nueva situación, los jóvenes intelectuales buscaban la verdadera respuesta al papel que deberían desempeñar como escritores. La solución la encontraban en la lectura de Jean Paul Sartre, cuya filosofía coincidía con sus propias necesidades, sus esperanzas, y no contradecía la teoría marxista. La teoría del compromiso de Sartre, aplicada a la literatura, “consistía en que todo escritor con talento resultaba comprometido, pues la “época”, el “tiempo”, es una noción tan vasta que todos los temas pueden caber en ella, siempre que se relacionen con la experiencia humana. Comprometerse significaba hacerlo políticamente, participar en el combate social de la época a favor de aquellas acciones, clases, ideas que representaban el progreso”.(MVLL,1983:393) Los intelectuales “hechizados” por ideales tan sublimes como la libertad y la igualdad encontraron un territorio muy apropiado a su teoría en una de las islas caribeñas. En Cuba se veía la esperanza de que el sueño de la igualdad social pudiera convertirse en realidad. A la revolución cubana se le imponía la posibilidad de confirmar que los ideales marxistas podrían ser exitosos en la práctica, que era posible crear un mundo donde todos tuvieran los mismos derechos y las mismas obligaciones y donde

palabras como el abuso del hombre por el hombre fueran totalmente borradas. El pueblo cubano alimentado con los lemas sublimes emprendió, encabezado por sus líderes, la lucha y luego un camino que le llevaría hacia la “felicidad”. Obviamente, no sólo el pueblo cubano, sino también los países de la Europa central optaron por este camino. Pero el hechizo socialista perdió su fuerza como lo pierde todo lo que pertenece sólo al mundo de la ficción. La década de los años ochenta trajo consigo el gran descontento del pueblo que ya despierto, empezó a entender que su paraíso realmente resultó ser nada más que un verdadero infierno, un reino de abusos, injusticias y desigualdades sociales: cabalmente lo opuesto con la teoría. A los intelectuales que más se atrevieron a exponer su desacuerdo con lo que trajo el sistema era Alexandr Solzhenitsin que en su mensaje enviado a los delegados del IV Congreso de Escritores soviéticos se opuso a la censura. También Mario Vargas Llosa, desilusionado con los resultados de la Revolución Cubana, con el caso de Heberto Padilla y también con la prohibición de Castro la entrada a Cuba a los escritores latinoamericanos que vivían en Europa escribe su declaración. El 5 de abril de 1971 MVLL aparece una carta abierta de MVLL a Haydée Santamaría, directora de *Casa de las Américas* (una revista proestatal) en que renuncia oficialmente a su Comité de Redacción expresando su desencanto de los “frutos” de la revolución.

Dos décadas después Mario Vargas Llosa se siente obligado de llevar a su país hacia las reformas liberales que según él eran las únicas que serían capaces de salvar el Perú donde bajo la presidencia de Alan García. Los bancos, las empresas, medios de comunicación pasaban al monopolio gubernamental. El programa Cambio 90 optó por la política del liberalismo. Sus proyectos de reformar un país tan corrompido bajo el poder absoluto resultaron ilusorias, ficciones que no son capaces de arraigarse en la realidad peruana de la década de los años 80. Como advierte el mismo novelista, “La política, sobre todo en países donde la ignorancia y las pasiones juegan un papel tan importante en ella como el Perú, es uno de los campos abonados para que lo ficticio, lo imaginario echen raíces”. (MVLL,1994:361) Su postura agnóstica en el país católico se encontró con la oposición de la Iglesia y lo que lleva consigo la pérdida de los votos. El APRA y la Iglesia apoyó a Alberto Fujimori que podría “cumplir” sus programas.

Después de su derrota el intelectual peruano se exilia en España donde con el tiempo recibe la ciudadanía. Pero nunca deja su compromiso con la política y los problemas sociales al lado. Ahora, uno de los más destacados intelectuales de nuestros tiempos opina, critica, relata los hechos ocurridos en el mundo entero en las páginas de los más importantes diarios *El País*, el mensual *Letras Libres* y en otros más. Detrás de las páginas de sus escritos se nos presenta un MVLL liberal, demócrata, partidario de la globalización y del neoliberalismo como una de las formas más comprobadas para desarrollo económico nacional y, al mismo tiempo, como adversario de cualquier tipo de gobierno dictatorial, del nacionalismo como una manifestación

de la superioridad nacional frente otras culturas y, en fin, de cada forma de violación de la libertad como uno de los crímenes más feroces cometidos al ser humano.

Conclusiones:

Para finalizar se puede concebir que el papel de los intelectuales a lo largo de los siglos era si no decisiva seguramente era muy importante en Latinoamérica. Desde el omnipotente e omnipresente poder de la *ciudad letrada* en cuanto a la formación del Estado colonial. Luego su enorme papel en la época de la Reforma Liberal del siglo XIX en la estructuración de las nacientes repúblicas. Después su rol que jugaban en la *intelectualización* y educación del pueblo. En fin, su grande papel en la época de la transición a la democracia, cuando se volvieron los voceros de los valores democráticos como las libertades, los derechos humanos. Pero también empezaron a criticar las utopías globalizadoras, los sistemas y programas que dejan al lado un individuo con sus plenos derechos y libertades.

BIBLIOGRAFÍA:

1. Aguilar Rivera, José Antonio, *La sombra de Ulises. Ensayos sobre intelectuales mexicanos y norteamericanos*, México: CIDE, 1998.
2. Bourdieu Pierre, *Intelectuales, política y poder*, Buenos Aires, Eudeba: 1999.
3. Cuadrado, Luis Alberto Hernando, *El discurso periodístico*, Madrid: Verbum, 2000.
4. Dalton Roque, *El intelectual y la sociedad*, México: Siglo XXI, 1969.
5. Dávila Luis Ricardo, *Formación y Bases de la Modernidad en Hispanoamérica (ensayo de Historia Intelectual)*, Caracas: Tropykos, 2002.
6. Gomariz José, *Colonialismo e independencia cultural. La narración del artista e intelectual hispanoamericano del siglo XIX*, Madrid: Verbum, 2005.
7. González Casanova, Pablo (coord.), *Cultura y creación intelectual en América Latina*, Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM: Siglo XXI, 1984.
8. González-Stephan, Beatriz, *La historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX*, Frankfurt am Main: Nexos y diferencias, 2002.
9. HERNIQUEZ, Ureña, Pedro, *En busca de nuestra expresión*, Buenos Aires: Editorial Raigal, 1949.
10., *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, México: Fondo de Cultura Económica, 1949.
11. Morse M. Richard, *El espejo de Próspero. Un estudio de la dialéctica del nuevo mundo*, México: Siglo XXI. 1989.
12. Rama Angel, *La ciudad letrada*, Hanover: Ediciones del Norte, 1984.
13. Ramos Julio, *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, México: Fondo de Cultura Económica, 1989.
14. Scarano Mónica, *Decirlo es verlo: literatura y periodismo en José Martí*, Mar de Plata: Estanislao balder, 2003.
15. Soler Ricuarte, *Idea y cuestión nacional latinoamericanas. La independencia a la emergencia del imperialismo*, México: Siglo XXI.
16. Vargas Llosa Mario, *Contra viento y marea (1962-1982)*, Barcelona: Seix Barral, 1983.
17., *Contra viento y marea, III (1964-1988)*, Barcelona: Seix Barral, 1999
18., *El pez en el agua (memorias)*, México: Planeta Mexicana, 1993.

ARTÍCULOS

1. Krauze, Enrique, “Los intelectuales y el Estado: la engañosa fascinación del poder”, *Proceso*, No. 1005, el 5 de febrero de 1996, México.